

loso; cuestion cuyo exámen y cuya resolución se necesitaban sobre todo.

No había quien no se ocupara en discutirla, cuando llegó el general Foy con un nuevo destacamento como de dos mil hombres, con las instrucciones verbales de Napoleon y las inspiraciones adquiridas en sus entrevistas numerosas. Llegado el general Foy á Ciudad-Rodrigo á fines de enero, aguardó allí muchos días antes de que se pudiera juntar con reclutas, enfermos y heridos salidos de los hospitales una escolta suficiente para proteger su marcha y llevar un pequeño refuerzo á las tropas: interin se le formaba, aprovechóse de la ocasion de ir un ayudante de campo á Sevilla para escribir al mariscal Soult las mas apremiantes cartas sobre la necesidad de unir al ejército de Portugal todo ó parte del ejército de Andalucía. Habiendo servido Foy á las órdenes de Soult, asistiale fundamento para creer en la benevolencia del mariscal hácia su persona. Inspirándose, pues, con lo oido á Napoleon en sus entrevistas, le expuso la situacion de Europa, particularmente la de Inglaterra, y la esperanza no dudosa de traer la política británica de la guerra á la paz, si se hacia sufrir á lord Wellington un gran descalabro. No le presentó estas observaciones como suyas, sino como peculiares de Napoleon, y autorizóse con lo que había oido de su boca para aseverar que la voluntad positiva de éste era que el ejército de Andalucía marchara sobre el Tajo, prescindiendo de otra operacion cualquiera; y al terminar añadía las consideraciones siguientes:

«Os conjuro, señor mariscal, en nombre del sentimiento sagrado para todos los corazones fran-

ceses, del sentimiento que á todos nos inflama por los intereses y la gloria de nuestro augusto soberano, á que presenteis lo mas pronto posible un cuerpo de tropas á la orilla izquierda del Tajo en frente de la embocadura del Zezere. Una marcha, un destacamento hácia este punto no puede comprometer al ejército de vuestro mando. Apenas hay cuatro jornadas desde Badajoz hasta Brito, lugar situado enfrente de Punhete. Los ingleses son poco numerosos á la orilla izquierda del Tajo, y allí no se pueden atrever á nada sin comprometer la seguridad de sus formidables trincheras delante de Lisboa; las cuales no distan mas que ocho leguas del puente de Rio Mayor. Señor mariscal, tanto la suerte de Portugal como el cumplimiento de la voluntad del emperador están en manos de V. E. Segun las disposiciones que adoptéis, el ejército del señor príncipe de Essling pasará el Tajo, dará la ley á los ingleses en las dos márgenes del rio, los fatigará, los carcomerá, los mantendrá en su inacción tan trabajosa como ruinosa, formará entre ellos y los asedios que teneis á vuestro cargo una barrera adecuada para acelerar la rendicion de las plazas; ó bien, careciendo este ejército de un paso ya indispensable, se verá constreñido á alejarse del Tajo y de los ingleses para hallar qué comer, y de consiguiente dará la ventaja á nuestros eternos enemigos en una lucha en la cual todas las probabilidades han estado hasta ahora de nuestra parte. Agotado y devastado por completo el pais que se extiende entre el Mondego y el Tajo, no es ya cuestion para el ejército de Portugal de retroceder cinco ó seis leguas, antes bien les volverá á lanzar el hambre hasta las provincias del Norte, y son in-

calculables las consecuencias de semejante retirada, es incumbe, señor mariscal, ser á la vez el salvador de un grande ejército y el principal instrumento de las concepciones de nuestro glorioso soberano. El día en que las tropas vuestras asomen junto á las márgenes del Tajo, y faciliten el paso de rio tan caudaloso, vos sereis el verdadero conquistador de Portugal.»

Escritas estas cartas y formada su columna, se puso el general Foy en marcha el día 27 de enero y presentóse en el cuartel general el 5 de febrero. Su llegada produjo en el ejército una sensación harto viva, porque, lleno de las impresiones recibidas en París durante sus entrevistas con el emperador, traía la convicción de que el ejército de Portugal era instrumento de grandes designios; de que sus largos sacrificios no serian infructuosos; de que se le iban á enviar socorros proporcionados á la importancia de su empresa, y de que se necesitaba un poco de paciencia para que estuviera en aptitud de llevarla á glorioso remate. Sus discursos, pronunciados delante de todos los generales y repetidos á muchos oficiales por ellos, establecieron la opinion de que no se les sacrificaba á un objeto insignificante, y de que para obtenerlo convenia ante todo permanecer donde estaban entonces y despues operar el paso del Tajo. Gran bien fué este para la moral del ejército, y compensó en parte el mal efecto producido por la debilidad de los últimos socorros. Por desgracia la llegada del general Foy aumentó los apuros del general Drouet, pues los despachos, que á la sazón se le entregaron en un paquete, contenian la instruccion mas formal que nunca de socorrer á Massena, pero sin dejarse

cutar de ningun modo de Almeida y de Ciudad-Rodrigo; y permaneciendo con el ejército de Portugal se hallaba tan cortado como Massena de estas dos plazas. De consiguiente hubo que hacer nuevos esfuerzos para persuadirle, bien que, llegada la hora de pasar el Tajo, la inminencia de esta operacion fué un argumento al cual Drouet no opuso resistencia. Una vez mas consintió en quedarse en Leiria á la espalda y hácia el flanco del ejército de Portugal.

Con las últimas tropas llevadas por el general Foy, ascendia este ejército á una fuerza total de cincuenta y cinco mil hombres. Massena estaba determinado á operar el paso del rio, mas sobre esto se habian suscitado muchas objeciones, y así quiso conferenciar con sus lugartenientes para concordarles sobre una operacion que no podia tener buen suceso sin la concurrencia firme é ilimitada de todos. Además, la presencia del general Foy, depositario de la voluntad terminante de Napoleon, habia de ser de excelente efecto ante los generales reunidos. Decidióse, pues, á congregarlos, bien que, no queriendo apelar al aparato de un consejo de guerra, hizo que la mayor parte de los gefes del ejército, cuyos dictámenes era bueno oír, se juntaran en un almuerzo dado por el general Loison en Gulgao.

Allí se verificó efectivamente el 18 de febrero esta junta, que bajo una forma amistosa debia tener toda la importancia de un consejo de guerra. El mariscal Massena como general en jefe, el mariscal Ney y los generales Reynier y Junot como gefes de los tres cuerpos de ejército, el general Fririon como gefe de estado mayor, los generales

Eblé y Lazowski en calidad de gefes de artillería y de ingenieros, y por último los generales Foy, Loisson y Solignac por diversos títulos, se hallaron sentados á la misma mesa. Una vez terminado el almuerzo, dijo Massena que de buen grado aprovechaba la ocasion de ver reunidos á sus lugartenientes en torno suyo, para oír su dictámen sobre la conducta que debía seguirse; pues era urgente adoptar un partido, no pudiendo ya vivir el ejército donde estaba, muriéndose cotidianamente de fatiga y de inanición los caballos de la artillería y de todos los escuadrones, siendo por tanto apremiante la necesidad de mudar de puesto, y cabiendo elegir entre la retirada sobre el Mondego, donde aun quedaban algunos recursos, y el paso del Tajo que permitiría vivir sobre el Alentejo sin alejarse de Lisboa, y que, aun cuando muy difícil y peligroso, había venido á ser practicable, merced á la diligencia y habilidad del general Eblé. Solicitando sus pareceres, añadió Massena que antes de darlos convenia que se enteraran de las intenciones del emperador recogidas de su propia boca por el general Foy, que se hallaba presente y podia exponerlas. Entonces Massena invitó á Foy á referir todo lo que habia oído á Napoleon en sus diversas entrevistas.

Tomando el general Foy la palabra repitió lo que hemos dicho ya tantas veces sobre la grande utilidad de mantener en jaque bajo Lisboa á los ingleses hasta obligarlos á retirarse ó por el hambre ó á la fuerza; sobre la necesidad que, para lograr este designio, habia de cruzar el Tajo á fin de alimentarse en el Alentejo, y de dar la mano al quinto cuerpo, que, segun las órdenes terminan-

tes expedidas desde Paris, se debia de presentar dentro de muy poco; y por último sobre la persuasion positiva en que estaba el emperador de que se alcanzaria un inmenso resultado político expulsando de Portugal á los ingleses, puesto que asi se les atraeria á una paz inmediata. Hablando el general Foy de lo que en sus conferencias con el emperador habia oído, hablando con el calor que le era propio, infundió en cuantos le escuchaban la idea imperial y el deseo de atenerse á ella. Por discutir quedaban los medios de operar el paso del Tajo.

Entonces Massena sentó las cuestiones siguientes, ¿se ha de pasar el Tajo? ¿Por qué punto y por medio de qué operacion se ha de pasar? Si se descubrian grandes dificultades en pasar este rio á la vista de los ingleses, ó ya pasado, en estar divididos en ambas riberas con un puente de solidez insegura ¿no seria mas cuerdo, en la imposibilidad de vivir ya donde estaban entonces, ejecutar un movimiento retrógrado de poca importancia, retirándose por ejemplo sobre el Mondego, cuyo valle no habia sido aun devastado y que ofrecia por principal establecimiento la ciudad de Coimbra, desde la cual se podria tener en jaque á los ingleses hasta recibir de Francia los socorros que eran tan necesarios?

Apenas sentadas estas cuestiones, con un fervor de palabra, al que hubiera sido menester que correspondieran mas los hechos, se lanzaron todos á la última cuestion cual si se presentara la primera y no hubiera otra, cual si fuera un crimen suscitarla, y se la declaró indigna de ser discutida, como que era diametralmente opuesta á la volun-

tad del emperador. El mariscal Ney que veia dificultades en quedarse y en irse, en pasar el Tajo y en no pasarle, manifestó que á ningun precio quería la retirada sobre el Mondego, ante todo por ser contraria á las intenciones del emperador, y despues por estar erizada de inconvenientes, pues, en su concepto, se hallarian destruidos todos los caminos y tan devastado como el pais de Santarem, el de Coimbra, porque la artilleria y los escuadrones acabarian de perder sus caballos en la travesía, y habria que sacrificar el tren de puente construido á tan grande costa, y porque, aun cuando se retrocediera á mitad de camino tan solo, á los ojos del enemigo tendria este movimiento apariencias de un ejército definitivamente en retirada y se comprometeria de esta suerte el honor de las armas. Despues de la alocucion del mariscal Ney, cada cual encareció su dictámen y sostuvo con ardor extremado la idea del emperador, explicada por el general Foy, como si alli estuviera el emperador en persona, y se quemó á la imagen del dios ausente todo el incienso que se hubiera quemado si se hallara delante.

Segregada la idea de la retirada sobre el Mondego, quedaba la de pasar el Tajo. Por peligrosa que esta operacion fuera, y segun lo antedicho parece que debieran haberse dedicado á descubrir las facilidades de ella mas bien que sus dificultades. No fué asi, sin embargo, pues, ya probado el celo por cumplir la voluntad del emperador, quedaban los peligros de la operacion que todos conocian muy á las claras. Desde luego se partió de la idea de elegir á Punhete por punto del paso, hallándose alli los talleres establecidos, y echados

dos puentes sobre el Zezere, y cerca asi el ejército de Abrantes, y por consiguiente en aptitud de embestirlo y tomarlo. Con fuertes cabeceras de puentes sobre el Zezere y sobre el Tajo, con toda una division dejada para su custodia y para conservar la posesion de la orilla derecha, se podia ocupar con el grueso del ejército la llanura del Alentejo, vivir alli y alargar la mano al quinto cuerpo. Junot apoyaba mucho este proyecto, cuando el general Loisson, que conocia mejor que él la confluencia del Zezere y el Tajo, como que estaba acampado en ella, dió á conocer los peligros del plan propuesto. Segun su dicho habria que guardar estas cabezas de puente por un lado contra el ejército británico salido de sus lineas y por otro contra la guarnicion de Abrantes, que de resultas de la union del cuerpo de Hill era un verdadero ejército. Aunque muy fertil el Alentejo, estaria agotado en las cercanías del Tajo por los forrages alli hechos para alimentar las tropas inglesas; habria que alejarse para encontrar viveres. ¿Y qué seria entonces de la division dejada á la derecha del Tajo? ¿No correria los mayores peligros? ¿No seria este el caso de examinar seguidamente la cuestion referente á pasar el Tajo todas las tropas, replegando á la orilla izquierda el tren de puente y buscando alli sitio donde estuviera á buen recaudo para hacer de él uso en el caso de que se necesitara?

Al instante fué rechazada por Junot la idea de que el ejército hiciera asiento principal en la llanura del Alentejo, y á la verdad ofrecia grandes dificultades, porque era aun mas difícil para un simple puesto que para una division mantenerse á la orilla derecha del rio para conservar el tren de

punte. Asi por este sistema habia que sacrificar todo el material del paso por completo, se perdía además la orilla derecha, y el ejército de Portugal cambiaba su papel por el ejército de Andalucía, y tenia que tomar á Lisboa por la orilla izquierda del Tajo. Realmente por allí no estaban las líneas formidables de Torres-Vedras, pero defendía el río, á Lisboa, como situada á la orilla derecha: delante de la ciudad tiene el Tajo una legua de anchura y toma el nombre de mar de la Paja, y aun cuando se angosta de nuevo frente por frente de Lisboa, todavía presenta un brazo de mil metros por lo menos, mas allá del cual podían alcanzar algunas bombas, pero sin gran fruto, sin muchas probabilidades de conseguir que lord Wellington se moviera de sus líneas de resultas. Con evidencia todo proyecto de ataque fundado en una sola ribera pecaba de falso en principio, dado que la una presentaba el obstáculo de las líneas de Torres-Vedras, la otra el obstáculo del Tajo, y la única idea admisible era ocupar á la vez ambas, para hacerlas base de un doble ataque y de un completo bloqueo.

Pero las dificultades de la division del ejército en las dos orillas con un puente inseguro, con fuerzas que no permitían tener á cada lado un cuerpo numeroso, se reproducian de continuo. Asi se vino á examinar la idea de pasar por mas abajo, esto es, cerca de Santarem, donde por decirlo asi serian invencibles, al menos segun opinaba el general Reynier, que conocia bien esta posicion como que la ocupaba ya hacia cinco meses. Este afirmaba con efecto que todo el que atacara de frente la posicion de Santarem seria arrollado á la falda de las alturas, y que todo el que la quisiera salvar, pa-

sande el Rio Mayor que la une á la cadena de la Estrella, seria envuelto y cogido. Admitiendo este doble aserto como positivo y pasando cerca de Santarem el Tajo, se podia dejar al general Reynier flanqueado por Drevet sobre la derecha del río, trasladarse en seguida con el grueso del ejército á la izquierda, y próximos asi unos á otros, teniendo medios de ayudarse mutuamente durante el paso, contando, ya operado este, sobre la derecha con la fuerza de la posicion de Santarem y sobre la izquierda con la fuerza de las dos terceras partes del ejército, ya era lícito contemplarse muy poco menos que seguros. Por la eleccion de este punto se hallaban de consiguiente las ventajas todas, salvo una dificultad que ya dimos á conocer antes y que era la capital por desgracia; consistía en el ensanche que delante de Santarem tiene el Tajo, y sobre todo en las continuas variaciones de su anchura segun la crecida ó el descenso de las aguas. Sin embargo, sacrificando algo de la ventaja inherente á la proximidad á Santarem, cabia hallar harto mayores facilidades en la existencia de una isla situada junto á la embocadura del Alviela, riachuelo que se lanza en el Tajo al amparo de las cumbres de Boavista. Hallándose asentada esta isla mas allá de la mayor anchura del río, como la de Lobau con relacion al Danubio, luego que se llegaba á ella no habia mas que atravesar un corto brazo. Ocupándolo durante la noche con las fuerzas necesarias, era fácil adherir á ella el puente, que iria asi á parar á un punto fijo, invariable, fácil de defender, y entonces se podia considerar el brazo restante no mas que como una especie de foso, encima del cual bastaria tener un puente levadizo.

A esta manera de operar habia una objecion tan sola, que por desgracia pareció al general Eblé mucho mas grave de lo que en realidad era. El tren de puente se hallaba en Punhete; llevarlo por tierra hasta la embocadura del Alviela hubiera exigido fuerzas de traslacion de que se carecia, estando fatigadisimos todos los caballos, y exigia ademas tiempo de sobra para que el enemigo se penetrara de nuestro proyecto; bajarlo hasta alli por las aguas del Tajo, exigia mas de una noche, y obligaba á pasar, siguiendo los recodos del rio, ó lo largo de la ribera enemiga, y tan cerca del fuego de los ingleses que el tren de puente corria riesgo de ser destruido.

La grande autoridad del general Eblé, que habia operado una especie de maravilla creando este tren de puente y cuya opinion fué apoyada por Massena, arrastró todos los pareceres, y sin que nadie lo sospechara, se volvió la espalda á la fortuna, descuidando la isla, que hubiera sido una segunda Lobau; por qué Napoleon, cuyo superior golpe de vista supo tan perfectamente hallar el medio de cruzar el Danubio delante de doscientos mil austriacos, no se encontraba alli en lugar de permanecer en Paris ocupado en preparar la funesta expedicion á Rusia!

Sea como quiera, desechada la posibilidad de pasar junto á Santarem, no se sabia á que plan atenderse, despues de desaprobado tambien el paso por cerca de Abrantes á causa de las razones referidas. Divagabase de consiguiente, cuando el general Foy, imbuido en la idea de que las órdenes imperiales serian fielmente ejecutadas, y de que el mariscal Soult no resistiria al persuasivo fervor de sus car-

tas, dijo que segun todas las probabilidades dentro de ocho ó diez dias debería aparecer el quinto cuerpo á la izquierda del Tajo y que entonces caerian por si mismas todas las dificultades, pues los ingleses á la vista del quinto cuerpo no perseverarian frente por frente de Punhete, quedaria limpia la orilla izquierda, y como en plena paz se pasaria el Tajo por este punto. Ademas añadió que luego que se les reuniera el quinto cuerpo no habria motivo para inquietarse por la division del ejército en las dos orillas del rio, y cruzado este, se podria bajar el puente hasta la embocadura del Alviela y lograr así la ventaja de la concentracion de fuerzas cerca de Santarem. Tambien era probable que se tomase á Abrantes y que así hubiera manera de hacer sólido el puente, prescindiendo de que del mismo Abrantes no partirian ya los medios de destruirlo.

Tan verosimil parecia la llegada del quinto cuerpo, segun lo que se habia anunciado, que todos se rindieron á las razones del general Foy: y con efecto, si el quinto cuerpo habia de llegar á Badajoz, no habia que vacilar en esperarle diez dias y aun veinte. El mariscal Ney, que permaneció silencioso por largo tiempo, apovó mucho este dictámen: todos los asistentes se adhircron á él con ahinco porque esta solución les sacaba de embarazos, excepto, sin embargo, Reynier, que afirmaba no poder vivir mas de cinco á seis dias donde estaba sin apurar cuanto tenia de reserva. Cuando se está muy interesado en una eventualidad se cree alternativamente en ella demasidado ó barto poco. Reynier dijo que se contaba con la llegada del quinto cuerpo, que tambien él queria

contar con ella, pero que la hallaba mucho menos cierta de lo que se pretendia; que las órdenes se podian haber atrasado en el camino; que, aun despues de llegadas, era menester prepararlo todo para cumplirlas; que acaso el mariscal Soult quisiera tomar á Badajoz antes: que asi podria muy bien no tener efecto aquella llegada anunciada una vez y otra tan pronto como se creia; que entretanto sus soldados se moririan de hambre; que en el estado angustioso en que se hallaban no respondia de su obediencia; que unos dias antes ó despues habria que adoptar un partido y con muchos mas apuros entonces, pues se habrian consumido los viveres de reserva en gran parte y perdido una mitad mas de los caballos de la artilleria y los escuadrones, por lo cual valia mas aventurar una tentativa sin demora, fuera la que fuera; que en caso de necesidad se podia emplear todo el ejército en el paso, dado que él solo se encargaba de guardar el campo de Santarem hasta las fuentes del Rio Mayor.

Réplicas provocó el calor de Reynier muy vivas, y se iba á disputar en vez de tomar una resolución, cuando Massena interrumpió la conferencia. Bien veia que generalmente se inclinaban todos á aplazar la operacion hasta la llegada del quinto cuerpo, llegada que se esperaba de buena fé sin duda, y anunció que en efecto estaba determinado á aguardar unos dias. Para aplacar á Reynier se convino en que le ayudaran á vivir todos y en que se le permitiera registrar las islas del Tajo, donde habia grandes recursos, y donde no se habia querido presentar por miedo de atraer allí al enemigo y de comprometer algunas de las barcas construidas tan laboriosamente. Decididas estas cosas, se

separaron con la esperanza de ser zanjadas muy luego todas las dificultades de resultas de la aparicion del quinto cuerpo, y con la opinion de que era menester esperar, opinion de que participaban todos, salvo Reynier, por las razones que se han expuesto, salvo Massena, cuyo espiritu sencillo, positivo y de una exactitud infalible, nunca se mecia en vanas ilusiones. A su superior golpe de vista sobre el campo de batalla juntaba Massena un juicio delicado y seguro, desarrollado por las contrariedades de la vida militar, en que los hombres no son otros que fuera de ella, y de ningun modo se lisonjaba de que el mariscal Soult corriera en su ayuda. Harto conocia la España y los hombres para que creyera en tal socorro, y asi se inclinaba á emprender de seguida la retirada sobre el Mondego, porque no vislumbraba auxilio por el lado del Mediodia, y la llegada del general Drouet le habia enseñado á no esperar por el lado del Norte. Coimbra, posicion á la verdad menos molesta para los ingleses, menos ofensiva respecto de ellos y menos imponente por tanto, pero situada en un pais todavia nuevo, cerca de la frontera de España, á alcance de los recursos que se podian sacar de ella, á alcance por lo menos de la division Claparede, le parecia muy sensato que se tomara desde luego, antes de que la necesidad apretara, antes de que se perdiera mayor número de caballos del tren y de la artilleria. Pero habiendo impedido la adulacion del emperador aun desde lejos que se concediese siquiera á este dictamen el honor de ser examinado, se le hacia al mariscal Massena muy cuesta arriba adoptarlo á pesar de la opinion de todos los generales del ejército: ademas, fundandose este

dictámen en la inverosimilitud de los socorros anunciados, ¿quién hubiera creído al mariscal, salvo Reynier a quien iluminaba el hambre, si dijera que el ejército de Andalucía no asomaría por debajo de Abrantes ni dentro de diez días, ni dentro de veinte? ¿No se le hubiera censurado universalmente por abandonar el Tajo sin una necesidad demostrada?

Cada cual se retiró á sus cuarteles despues de la conferencia de Gulgao, aguardando á falta de los socorros que no habian ido de Castilla la Vieja, los que debian llegar de Andalucía. Fuertes detonaciones oidas de vez en cuando hacía la parte de Badajoz, distante unas veinte leguas, hacian suponer que el mariscal Soult asediaba esta plaza, y que, terminado el asedio, se encaminaria sobre el Tajo. Cuotidianamente se aplicaba el oido á tierra para percibir de una manera mas distinta estos signos de proximidad dados por los franceses, y segun el giro del viento los traia ó los desviaba, sentíase alegría ó tristeza en el ejército de Portugal tan cruelmente abandonado, aun cuando en él reposaban los destinos de la guerra y del imperio.

Para juzgar de la probabilidad de los socorros tan prometidos y tan impacientemente esperados, es menester trasladarse á otro punto, y saber lo que pasaba en Andalucía y basta en Aragon, provincias cuyas operaciones se enlazaban unas con otras. Se ha visto en el libro precedente que la hábil direccion dada por el general Suchet al sitio de Lérida, le habia valido el encargo de asediar sucesivamente á Mequinenza, Tortosa y Tarragona; que por este motivo parte de Cataluña habia sido agregada á su mando, y que, terminados es-

tos sitios, el general debia bajar hácia Valencia. El mariscal Macdonald, gefe de Cataluña, tenia que combinar sus movimientos de modo de ayudar al gefe de Aragon en los suyos. Administrando siempre el general Suchet con la misma solicitud su provincia y su ejército, habia conseguido mantener éste en veinte y ocho mil combatientes de cuarenta mil hombres de efectivo. De estos, doce mil guardaban los puestos importantes, y diez y seis mil ejecutaban las operaciones activas. Prescindiendo no menos atencion al material que al personal de su ejército, supo Suchet reunir poderosos medios de ataque, y tomó en pocos dias á Mequinenza, plaza muy pequeña, bien que de difícil acceso é importantísima porque domina parte del curso del Ebro. Le quedaban por tomar Tortosa y Tarragona, dos plazas las mas fuertes de Cataluña y Aragon, y aun quizá de España, si se exceptua Cádiz. Tortosa se halla situada en el bajo Ebro, casi en su embocadura y domina, ademas del desagüe de este rio en el mar, la comunicacion directa entre Cataluña y Valencia. Tarragona, situada mas al Norte, entre Tortosa y Barcelona, á orillas del mar, en el centro de un pais fértil, rodeada de fortificaciones formidables, defendida á la vez por los españoles á la parte de tierra y por los ingleses á la parte del mar, tenia la doble importancia de su fuerza y de su posicion, y era el Noroeste de la Peninsula, lo que Cádiz en el Mediodia y lo que Lisboa en el Nordeste. De Tarragona, como de un centro, arrancaba la *insurreccion* española de Cataluña, Aragon y Valencia, bajo las órdenes del general Blake, y mas recientemente bajo las del general O'Donnell en todas direcciones, para pene-



trar por Lérida en Aragon cuando aun no habia caido en nuestro poder esta plaza, para amenazar á Barcelona por el camino del Ordal, para desembocar por Tortosa y el Bajo Ebro sobre Valencia. Pero convenia aislar á Tarragona primero de lanzarse á tomarla, y con esta mira despues de apoderarse el general Suchet de Lérida, que la enlazaba con Aragon, queria apoderarse de Tortosa, que la enlazaba con Valencia.

A esto dedicó Suchet los últimos dias de 1810 y los primeros de 1811. La gran dificultad que tenia que superar este caudillo para asediar á Tortosa, consistia en el transporte de un gran material de artillería; mas por fortuna la toma de la pequeña plaza de Mequinenza habíale proporcionado, además de muchos objetos útiles para un asedio, las gargantas por entre las cuales corre el Ebro hácia el mar. Con lo mejor que habia en Lérida y en Mequinenza compuso el hábil general Valeé un inmenso parque de artillería; le agregó los útiles y las municiones necesarias, y poniéndolo todo en veinte grandes barcas, aguardó al pie de Mequinenza las crecidas del rio para descender hasta Tortosa. Sin embargo, como estas crecidas podian no tener lugar antes del invierno, emprendió el general Suchet la construccion de un camino de tierra que, cruzando las montañas de la baja Cataluña, desembocara por la via mas corta en el bajo Ebro. Trabajando en medio de los calores y de las picaduras de los mosquitos padecieron áli cruelmente los soldados como en todos los puntos de España; pero, bien alimentados, bien pagados, sobrellevaron con paciencia sus sufrimientos y ejecutaron con vigor la tarea que se puso á su cargo.

Mientras se trabajaba en este camino, el general Suchet embistió á Tortosa por las dos márgenes del Ebro, llevando á la division de Haber por la izquierda, á la division de Leval por la derecha del rio y repelió uno despues de otro á O'Donnell hácia Tarragona y á Caro con los valencianos hácia Valencia. Por último para que el mariscal Macdonald, encargado de tomar posicion cerca de él y de darle ayuda, no hallara dificultad en los mantenimientos, abandonóle porcion de almacenes que su prevision habia formado.

Estas operaciones militares exigieron no menos que muchos meses, y viniendo al cabo el otoño y permitiendo las crecidas del agua conducir á Tortosa la parte de material imposible de transportar por tierra, el general Suchet abrió trinchera delante de la plaza del 19 al 20 de diciembre.

Tortosa, situada á la margen izquierda del Ebro, no lejos de su embocadura, aunque si lo bastante para que la marina inglesa no pudiera llevarla socorro, está construida á la falda de los estribos que se desprenden del Alba, parte á orillas del rio, parte sobre la extremidad de las cumbres, de manera que su recinto prolongándose alternativamente por el llano, ó trepando á las colinas, seguia todas las sinuosidades del terreno. Estaba regularmente fortificada, guarnecida por un recinto con bastiones, y tenia además un castillo y muchas obras avanzadas. La parte de la ciudad á orillas del Ebro tenia por defensa el mismo rio y mas allá una cabecera de puente sólidamente construido. Una guarnicion de once mil hombres encerraba la plaza, con un buen caudillo y provisiones en abundancia.